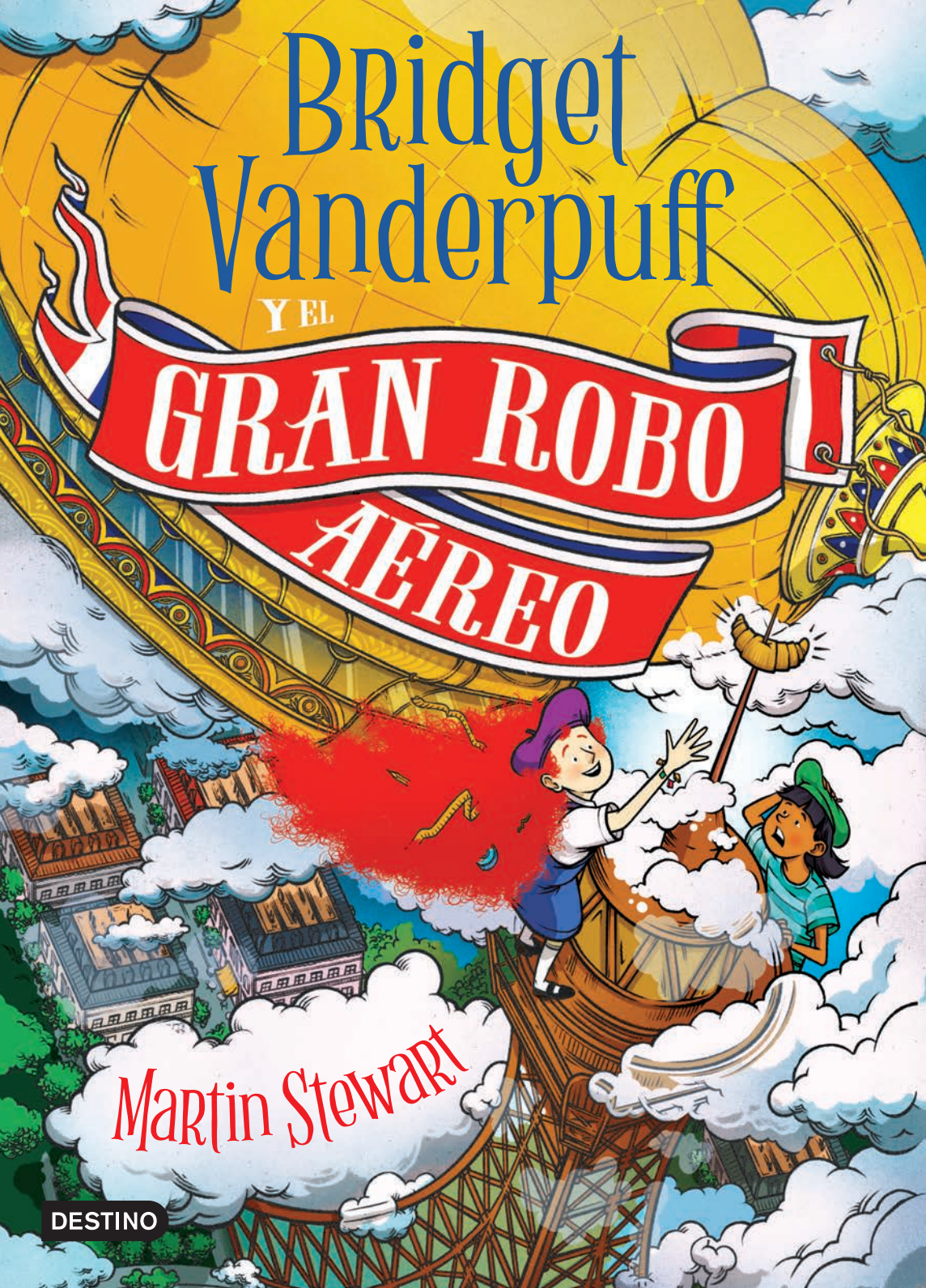




Bridget Vanderpuff

Y EL

GRAN ROBO AÉREO

Martin Stewart

DESTINO

Bridget Vanderpuff

Y EL

GRAN ROBO AÉREO



Martin Stewart
ilustraciones de David Habben

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Bridget Vanderpuff and the Great Airship Robbery*

© del texto: Martin Steward, 2024

Esta traducción de Bridget Vanderpuff 3 ha sido publicada por Editorial Planeta en colaboración con Head of Zeus Ltd.

© de las ilustraciones: David Habben, 2024

© de la traducción: Verónica García, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-29839-7

Depósito legal: B. 517-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales
porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener
dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Queda

expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este
libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o
alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Persecución Gratuita

nuevo caso * persecución en coche * cara de acantilado

Bridget se aferró a la bicicleta de la panadería.
—¡No sirve de nada! —gritó Tom, agarrado a su cintura—. ¡Horace Harris el Hambriento se nos escapa!

—¡Eso será si yo le dejo! —vociferó Bridget, al tiempo que la furgoneta de huida derrapaba para salir de la plaza—. ¡Sujétate bien!

La bici rebotó sobre los adoquines por entre la muchedumbre alarmada.

—¡A-a-a-a-a-a-a-a-ay! —balbuceó Tom, cuya cara era un borrón provocado por los botes de los adoquines.

—¡Así me gusta! —lo felicitó Bridget al llegar a Unión y Mayor.

Se inclinó hacia atrás y rebuscó en la chaquetilla de chef.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Tom.

—Buscar las gafas.

—Pero... pero... pero... —farfulló él— ¡si has soltado el manillar!

La bici pasó sobre un resalto, lo que hizo que los niños alzaran un breve vuelo. Las ruedas temblaron al reverberar sobre los adoquines dispersos por la calle, y de los oxidados frenos salieron volando telas de araña.

—¡Por fin! —sonrió Bridget, que de inmediato se colocó unas gafas de aviadora sobre los ojos—. ¡Ahora sí que podemos acelerar!

—¿Acelerar?

Bridget se inclinó hacia delante y pedaleó hasta que la cadena se puso a chirriar y su melena —vasta, roja, repleta de invenciones propias— se hinchó como una llama vengativa. Sus rizos asfixiaban a Tom al tiempo que la furgoneta —que exhalaba humo negro por el tubo de escape— aparecía en el horizonte.

—¡No escaparás, Harris! —gritó Bridget—. ¡Nadie roba tartas en Belle-de-Mar!

Horace Harris el Hambriento se coló por un hueco del seto. Bridget se lanzó tras él, las ruedas siseaban sobre la alta y húmeda hierba.

Las gaviotas volaban en círculos encima de ellos, con los ojos fijos en el bollo que llevaba Tom en el bolsillo.

Bridget puso los ojos en blanco.

—¿Otra napolitanana de Manzana? —dijo.

—Puefe fer —consiguió pronunciar Tom, con las mejillas atiborradas.

—No me extraña que las gaviotas no te dejen en paz —vociferó Bridget—. ¡Eres un pícnic con patas!

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron de golpe.

Horace Harris el Hambriento, el ladrón de tartas más famoso del mundo,¹ los miraba maliciosamente desde la caja.

—¿Quién está al volante? —jadeó Tom.

—Nadie —confirmó Bridget.

El mar apareció en el horizonte. Tom se mordió el labio.

—¡Bridget Vanderpuff! —gruñó Harris, alrededor de quien se liberaban trozos de tartas robadas—. Debería haberlo sabido. Lárgate, a no ser que busques problemas.

—Ya nos largamos —dijo Tom—. Disculpe por las molestias.

Bridget le dio un codazo en las costillas. La furgoneta había ascendido la colina y ahora iba cuesta abajo, hacia los acantilados de Belle.

¹ Harris era archiconocido por haber robado, entre otros dulces, las Magdalenas de la Dinastía Ming, el Huevo de Primavera de Fabergé y los Panqueques del Partenón de la Antigua Grecia.

—Yo diría que el que estás metido en problemas eres tú, Harris —gritó Bridget, con el viento azotándole la cara—. Te estás quedando sin tierra... ¡y sin suerte!

—¡Ah! —rugió Harris, y les lanzó a los niños una esplendorosa cazoleta de hojaldre como si de un crujiente y delicioso *frisbee* se tratara.

La cazoleta *embadurnó* de fruta y crema a Bridget.

—¡Eso era para la señora French! —gritó—. Y para el perrito más gasífero de la historia.²

Harris fue lanzando tarta tras tarta desde la furgoneta desbocada; ensaimadas y panecillos y bingbones volaban por los aires costeros. Bridget comió un poco de crema pastelera entre esquivada y agachada, y la bici destartalada gemía bajo su peso.

—¡Las rosquillas caramagníficas del señor Constantine! —exclamó.

¡Splaff!

—¡Los crujientes mantequiuntosos del señor Pringle!

¡Sploff!

—¡Las delicias de la alcaldesa!

¡Splif!

—Se te acaba el tiempo, Harris —gritó Bridget, con la cara enmascarada con nata montada.

² Henri.



La furgoneta atravesó la última portilla antes de llegar a los acantilados. Harris dio un mordisco a una ensaimada de fabanananana y después sonrió.

—¡Jamás! —vociferó.

Y saltó.

El cuerpo bulboso del ladrón impactó contra la rueda delantera de la bicicleta, lanzando a Tom —aún en posición sentada y agarrada— directo a la furgoneta.

—¡Tom! —gritó Bridget.

—¡Bridget! —chilló Tom.

La niña pedaleó rápida como el rayo mientras Harris rodaba hacia la libertad.

—¿Estás herido? —jadeó.

—¡No! —contestó Tom desde la parte de atrás de la furgoneta—. Por suerte, aterricé sobre un bizcocho bilonario.

—¡Menos mal! No tenemos demasiado... ¿Puedes dejar de comerte el bizcocho?

Tom —que tenía la cara embadurnada de caramelo— se estremeció como si acabara de despertarse de un sueño.

—¡Lo siento! —chilló—. Es que está tan rico...

En la distancia, las olas de cresta blanca acechaban, refulgentes bajo el sol de la mañana. Bridget estiró el cuello.

El prado terminaba de forma abrupta y preocupante.

—Escúchame bien, Tom —gritó al elevarse sobre un

montículo de tierra—. Y haz exactamente lo que te indique.

El niño comió otro bocado de bizcocho.

—¡De acuerdo!

—Muy bien. Ahora, cuando yo te diga que des un salto...

—¿Salto?

—¡Exacto!

—¡No! ¿Estás chalada?

—Ni en lo más mínimo —dijo Bridget al acercarse al vehículo descarriado—. ¡Forma parte del plan!

Tom echó un vistazo al acantilado, que se aproximaba.

—¿Debería tranquilizarme eso?

—¡Salta!

—¡No puedo!

—¡Claro que sí!

Tom se aferró a la puerta.

—¡Que no!

—Tom —gritó Bridget, con las mejillas tensas a causa de la vertiginosa velocidad—, ¡tú puedes! Pero tienes que hacerlo ahora mismo: ¡estás a punto de caer por el barranco! ¡Cuenta hasta tres!

Tom asintió.

—Uno —susurró, lamiéndose los labios.

—Dos —consiguió pronunciar, cerrando los ojos.

*—¡Re
e
e
e
e
e
e
e
e
e
e
s
!*

La furgoneta desapareció por el acantilado, desplomándose como una roca hacia las agitadas olas y los riscos traicioneros.

A Tom se le abrió la boca como una gran cueva brillante, y sus amígdalas temblaron al emitir un grito del más puro y desenfrenado terror.

Bridget pedaleó hasta quedar suspendida en el aire... y se lanzó al vacío.

Se quedó flotando unos segundos, luego abrió los brazos y se lanzó como una bala hacia Tom y la furgoneta. El vien-



to le azotaba el pelo, le llenaba los pulmones y le pinchaba la piel. Siguió los reflejos soleados del mar hasta el horizonte, donde un vapor atravesaba el oleaje.

«Qué mañana tan agradable», pensó al pasar como una exhalación al lado de una gaviota.

Aterrizó en la furgoneta con un golpe sordo y cogió a Tom de la mano justo cuando las rocas se acercaban.

— ¡Aaaaaaaah! —gritó el niño.

Bridget sonrió.

— ¿Estás listo?

— ¡Siiiiiiii! —aulló Tom.

Bridget activó el faldacaídas y la furgoneta desapareció bajo sus pies.

El vehículo explotó contra las rocas y lanzó fragmentos a los cielos.

—¡Aaaaaaaah! —chilló Tom, cuyos pies pataleaban al flotar entre llamas y humos—. ¡Vamos a naufragar!

—Nada más lejos de la realidad —dijo Bridget, al aterrizar con un suave *clonc*—. Justo a tiempo, capitán —añadió, alisándose la falda—. Como siempre.

Tom miró alrededor.

En vez de flotar en el agua helada, estaba tumbado en el suelo de un barco de madera desastrado, donde un hombre bajito —de barba negra, con la piel quemada por el sol y cuarteada por el salitre— le sonreía desde arriba.

—¿Capitán Airoso? —dijo Tom—. Pero, pero ¿cómo...?

—¿Has pillado al malandrín, señorita Vanderpuff? —gruñó el capitán, enderezándose para mantener el sombrero³ en equilibrio.

—Por supuesto —dijo Bridget—. ¿Y tú, has pescado muchos arenques?

—Iiih —dijo Barry.⁴

El capitán Airoso alzó una bolsa de peces brillantes.

—Barry y yo os estamos muy agradecidos.

³ El sombrero del capitán Airoso era tan alto y ancho como un sillón de los cómodos. Olía fatal, era viejo y estaba plagado de bellotas de mar. Lo compartía con una rata de nombre Barry.

⁴ La rata del sombrero de Airoso.

Las gaviotas sobrevolaban el barco.

Tom abrió y cerró la boca.

—¿Arenques? —balbuceó—. ¿Arenques?

—Arenques —confirmó Airoso.

—¡Iih! —dijo Barry.

Bridget enarcó una ceja.

—Ah —dijo Tom—. Has vuelto a ganar, ¿verdad?

—Hemos vuelto a ganar —puntualizó Bridget, cuyo cabello era una resplandeciente corona agitada por el viento—. Al fin y al cabo, somos un equipo.

Se oyeron sirenas de policía acercándose.

Una ola repentina salpicó a Tom en la cara.

—Nadie me cuenta nada —farfulló.

—¿Adónde singlamos, señorita V? —preguntó el capitán, que se dispuso a colocar los remos en sus soportes.

—A la playa de Belle, por favor —respondió Bridget, con las manos sobre las caderas—. ¡Tenemos que dar caza a un ladrón de tartas!





El Largo Bigote de la Ley

lima * crímenes dulces * contrarreloj

La sargento Buenservicio metió a Harris en su coche patrulla.

—¡Te atraparé, Vanderpuff! —rugió el ladrón, con la boca llena de tarta de queso⁵ robada—. Hazme cafo, efto no ha hecho máf que empefar. ¡Empefar te digo!

Bridget lo saludó con entusiasmo.

—¡Qué amable! —dijo, con la cabeza un poco inclinada—. ¡Que disfrutes de la cárcel!

La sargento Buenservicio cerró la portezuela.

—Muchas gracias de nuevo, Bridget —dijo—. No habría podido pillar a Harris sin tu ayuda.

⁵ La tarta de lima esqueleto de Vanderpuff.

—De nada —contestó Bridget—. ¡Fue muy divertido!
—¿Divertido? —intervino Tom, con los ojos clavados en las gaviotas que lo sobrevolaban en círculos⁶—. ¡Si me caí por un barranco!

—Eso —puntualizó Bridget— fue un descenso controlado.

—¡Casi exploto!

—Tom Timpson —zanjó Bridget, seca—. Los seres humanos no pueden explotar. Lo que has querido decir es que casi te incendias.

La sargento Buenservicio se rio.

—Bueno, me alegro de que estéis los dos de una sola pieza. En cuanto a Horace Harris el Hambriento...

—Ah, ese se viene conmigo.

Bridget se giró.

Un hombre bajito con bigote los observaba con atención. Llevaba un traje brillante y estrecho, con una corbata tan rosa como los dedos de una paloma. No dejaba de moverse entre saltitos y respingos, como si estuviese conteniendo la necesidad de rascarse algo que le picaba muchísimo.

—¿Disculpe? —dijo la sargento Buenservicio—. ¿Quién es...?

⁶ Dado que siempre llevaba los bolsillos atiborrados de dulces de Vanderpuff, las gaviotas de Belle-de-Mar seguían a Tom allá donde fuese, a la espera de las migajas.

—Soy Jasper Finlay —la cortó el hombre, cuya voz era tan suave como el chocolate fundido—. El agente Finlay, de Scotland Yard.

Sacó una placa dorada, muy brillante.

—Oooh —dijo Tom.

«Scotland Yard —pensó Bridget, mientras Finlay se guardaba la placa en el bolsillo—. ¡Si son los mejores!»

La sargento Buenservicio entrecerró los ojos.

—¿De qué departamento ha dicho que forma parte, agente Finlay?

—Aún no había revelado esa información —rio Finlay, con una fina sonrisa—. Trabajo en la S.M.O.A.L. Es decir, la...

—¡El Servicio Móvil Oficial de Atrocidades Lamineras! —exclamó Bridget—. ¡El Escuadrón de Azúcar! Atrapasteis a los Falsificadores de Cacao, y a los Especialistas en Sirope, y a los Bollitos del Barrio.

—Bueno —dijo Finlay, con un encogimiento de hombros—, los rastros pegajosos son los más fáciles de seguir.

Bridget soltó una carcajada.

—¡Me encantaría formar parte del Escuadrón de Azúcar! —dijo—. ¡Tiene pinta de ser divertidísimo!

Finlay frunció el ceño.

—No estoy seguro de que «diversión» sea la palabra apropiada. Sí que combatimos el crimen crujiente, encar-

celamos a los embaucadores endulzados y acabamos con las organizaciones rosquilleras, pero... —se alisó el bigote—, nuestro trabajo es menos dulce de lo que imaginas..., señorita Vanderpuff.

Las cejas de Tom se alzaron.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Bridget.

—Por supuesto. Una pastelería tan especial como Vanderpuff es de gran interés para S.M.O.A.L. —dijo—. Y tras el incidente del tren...⁷ —Finlay inclinó la cabeza hacia un lado. Tenía los ojos muy azules y muy claros—. Tuve la corazonada de que Harris se escondería aquí, y mira..., ya lo habéis atrapado.

Metió la mano en el coche patrulla de la sargento Buen-servicio y sacó a un Harris malencarado.

—¡Aparta tus sucias manos de encima, guripa! —rugió el ladrón—. ¡Yo no he hecho nada!

Finlay lo metió en su coche amarillo.

—La señorita Vanderpuff te ha cazado sin trampa ni cartón, Harris —gruñó este—. ¡Vas derecho a la Descalza⁸!

⁷ En las vísperas de la Noche de los Fantasmas Glotones —que es el 11 de febrero—, un tren fantasma aterrizó Belle-de-Mar. Bridget y Tom resolvieron el problema sin apenas explosiones.

⁸ La Cárcel Descalza, un intimidante cascajo de piedras sobre una montaña escarpada, estaba rodeada de cardos borriqueros, rastrillos de jardín y enchufes boca arriba, y ningún preso descalzo había sido capaz de escapar jamás.

Harris rechinó los dientes.

—¡Volverás a saber de mí, Vanderpuff! —rugió, con las venas del cuello hinchadas—. ¡Te lo aseguro! Vamos a...

Finlay le pasó la mano por detrás de las orejas a Harris y, con un sonido como de papel rasgado, le arrancó las densas patillas.

—Ya era hora de que te quitases ese disfraz barato —gruñó mientras Harris aullaba de dolor—. Gracias por todo, pero a partir de ahora nos ocupamos nosotros. —Le dio la mano a Bridget—. Me parece que nos volveremos a ver, señorita Vanderpuff.

—Puede llamarme Bridget —dijo la niña, mientras Tom la miraba.

—Como gustes —aceptó Finlay justo antes de colarse en el asiento del conductor—. ¡Adiós, Bridget!

El coche amarillo rugió entre una lluvia de gravilla.

—Hala —dijo Tom.

—¿Verdad? —dijo Bridget, y pensó «Que vamos a... ¿qué?».

De pronto el pelo se le estremeció y miró hacia arriba.

Una silueta encapuchada los observaba desde una chimenea.

—¡Mirad! —exclamó Bridget—. ¡En el tejado! Hay... Tom y la sargento se dieron la vuelta.

—No veo nada —dijo Tom, con los ojos entrecerrados.

—Había una persona —aseguró Bridget, que no dejaba de escanear con la mirada el tejado vacío—. Llevaba una capa gris oscuro.

«Esa tela me sonaba de algo», pensó la niña, rebuscando en los cajones de su memoria.

Se sacó el cuaderno de detrás del flequillo y comenzó a escribir.

—A lo mejor fue un reflejo del sol —supuso la sargento, que acto seguido se golpeó la frente—. ¡Casi se me olvida! Nos ha llegado esto a la comisaría esta mañana. Va dirigido a ti.

Le dio a Bridget un sobre verde.

—¿He recibido una carta —dijo Bridget— en la comisaría?

La sargento asintió.

—«Bridget Vanderpuff. A la atención de la Comisaría de Belle-de-Mar.» Debían de saber que nos veríamos.

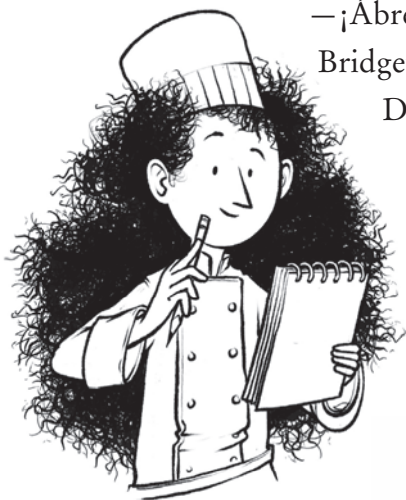
—¡Ábrela! —Tom se acercó para ver cómo Bridget rasgaba el sobre.

Del que sacó una sola tarjeta impresa.

—¡Qué emocionante! —dijo la sargento—. ¿Qué pone?

—«Explo... sin dinamita»

—leyó la niña—. «Floto... sin agua».



Le dio la vuelta a la tarjeta.

Estaba en blanco.

—¿Y ya está? —preguntó Tom—. ¿Qué significa eso?

Bridget sonrió.

—¡Es un acertijo! —exclamó—. ¡Me encantan los acertijos!

—¡Que te diviertas descifrándolo! —La sargento Buen-servicio se subió al coche—. Y guárdame un crujiente mante-quiuntoso, por favor.

—¡Por supuesto! —gritó Bridget, mientras escribía en una página en blanco del cuaderno—. Explotar... —murmuraba— sin dinamita...

Tom vio el coche patrulla alejarse por la rambla de la Conserva.

—A lo mejor deberíamos haberle pedido a la sargento que nos acercara a casa —dijo.

—¿Por qué?

—Porque —respondió Tom, agitando su reloj de pulsera debajo de las narices de su amiga— ¡llegas tarde a la clase de pastelería!